

Diademas de pollitas

Ester Díaz Blázquez



Capítulo 1

Muerte súbita

Diademas de pollitas. Tres euros. Eso deduzco que pone en el cartel escrito en chino que corona las diademas. Cojo una y la pongo encima del mostrador. El chino me pregunta si quiero bolsa. Bolsa no, gracias. Mal de plástico, se me ocurre decir. Bolsa mal no. Bolsa buena, me dice él. Y comienzo a dar brazadas mientras repito: mal, mal, mal. Miro hacia atrás y me encuentro a tres personas haciendo cola mirándome incrédulas. Meto la puta diadema en mi bolso y me voy insultándome para mis adentros. ¿Para que coño achinas el castellano? Gilipollas. Si es que eres una gilipollas.

Llego a la imprenta donde tengo que recoger las camisetas, en las que reza "Nos van los de treinta y cinco", que encargó Amanda. Ya le dije que con el cinco íbamos a ser carne de cañón y ella me respondió que sí, pero que iba a ser una manera fácil de hacer criba. Pido mi paquete y el chico que me lo trae lo abre para enseñarme cómo han quedado. Chulas eh! me dice con media sonrisa que yo interpreto con sarcasmo. Sí, muy chulas le digo y cuando va a decir la siguiente palabra le suelto: ini en tus mejores sueños me la vas a hincar! Me mira con sorpresa, doblo las camisetas como puedo, las meto en la bolsa y me voy. Si no me iba a decir eso, coño. Gilipollas, que eres una gilipollas, me digo para mis adentros.

Solo me queda comprar la puta falda de tul. Me siento incomoda yendo sin bragas enfundada en ésta falda de tubo roja. Y con los zapatos de tacón fino, que hacen, en éste enlosado similar a un puzle de cinco millones de piezas que, a veces, pierda el equilibrio. Sueño con un vaquero y unas deportivas. Los lunares de María. Me llama la atención el nombre de la tienda. Y, voilà, es una tienda de ballet y trajes de flamenco. Pregunto por una falda de tul rosa chicle. Y la dependienta me saca el único modelo que tiene de mi talla. Entro en el probador, saco la diadema de pollitas y me la planto en la cabeza. La muevo de un lado para el otro, con movimientos rápidos, y las ocho pollitas bailan a su libre albedrío. Cada una para un lado. Me río y me da vergüenza a la vez. Meto el pie derecho por la cintura de la falda y se me engancha el tacón en el tul. Pierdo el equilibrio, caigo de culo, intento incorporarme y acabo cayendo de espaldas. Y asomo la cabeza por debajo de la cortina del probador. La dependienta pregunta, riéndose, si estoy bien. Le digo que sí, que no se preocupe, y pienso que es una simple de las que se ríen con las caídas ajenas. Pago la falda. Cuarenta pavos. Cara va a salir la despedida de Amanda. Tengo ganas de llegar a casa y aligero el paso. La gente que me cruzo me mira y sonrío. Hombres y mujeres. Eso me hace sentir bien y me vengo arriba. Enderezo la espalda y muevo el culo. Escucho un silbido y cuando me doy la vuelta me siento el flautista de Hamelin. Cinco tíos tras de mí babeando. Hoy, que me sentía gris, me estoy convirtiendo en el

arco iris. Abro la puerta de casa y me miro en el espejo del recibidor. Como para aprobar lo que los demás ya han aprobado. Y veo las ocho pollitas moviéndose en mi cabeza a su libre albedrío. Me apoyo en la pared y me deslizo hacia el suelo para sentarme. Para llorar mi vergüenza. Para regodearme en mi drama. Noto el frío mármol en mi culo. En mi turgente puto culo. No puede ser verdad. Toco la falda y me pierdo en el abismo de esa raja. Necesito un infarto. Un derrame cerebral. Una muerte súbita. O un desgraciado atracador que me dé nueve puñaladas certeras a cambio de veinte míseros pavos.